

# numero

Dieciseis

Buenos Aires

SI, SI; NO, NO

Abril de 1931

20 CTS.

## EL TESTIMONIO DE GOG

El libro que este año nos ha dado Papini lleva el nombre de su principal personaje: Gog. Papini lo presenta en el prólogo, y todo el libro va por su cuenta. El prólogo, que está escrito con seriedad, es pues una superchería literaria. La primera impresión molesta. Papini viene hablando como testigo, y un testigo no puede mentir ni en broma. Pero pronto se advierte que no hay mentira sino procedimiento literario cuya justificación se verá.

Gog no es personaje artístico o por lo menos no llega a serlo. El artista que hay en Papini queda siempre en segundo término. Gog es un monstruo demasiado perfecto para tener vida en el arte. Es instrumento de crítica construido críticamente. Si Papini hubiera querido hacer de él un personaje de novela, nos hubiera dado un personaje de novela de tesis detestable. En cambio nos ha dado un instrumento útil. El personaje creado artísticamente manda a su creador. Papini no ha querido perder el control de su hombre mecánico. Se aparta así del símbolo y puede caer en la alegoría, pero guarda algún punto de contacto con la parábola.

Nacido en Hawai, de madre indígena y padre blanco, ciudadano de Estados Unidos, millonario, abandona sus negocios para entregarse "a las más refinadas drogas de una cultura en putrefacción". Vive en un cierto estado de naturaleza. Sus millones le libran de toda coerción externa, su origen le inmuniza contra los restos de cristianismo implícitos en la civilización, y su retardo en la cultura aleja toda boba complicidad con la misma.

El problema fundamental se plantea de este modo: ¿puede un cristiano juzgar al mundo? El mundo está definitivamente juzgado. Hay una cierta inmundicia en el examen de las inmundicias. La obra de arte es más purgativa que docente. Pero en toda obra de pensamiento ocurre lo mismo. Así pienso que debe interpretarse el aspecto negativo de la obra de León Bloy. Los que han visto en ella una especie de juicio final de los miserables de que se ocupa, no la han entendido; toda esa

inmundicia (y no las criaturas que la llevaban) tenía que ser expulsada. Pero ese hombre era conducido por una virtud particular, — y sus imitadores son ridículos. Papini no lo es ciertamente. Papini tiene conciencia de su posición y de sus límites, finura bajo la gruesa apariencia. Después de la historia de Cristo y del San Agustín, después de la elevación sobre los misterios, ha necesitado el descenso. Si hubiera sido plenamente artista hubiera escrito una novela como Dostoiéwsky o un poema como Dante. Ha preferido confiar a Gog el juicio de los semejantes de Gog. En su condición de literato (profesión, tara o castigo) ha usado su ingenio para salvar su dignidad de "espiritual".

El libro deja una alegría inconfundible, y no es extraño que los "imbeciles" de que habla San Pablo (multi inter nos) se hayan escandalizado.

Carlos A. Sáenz

## SUMARIO

NÚMERO: Resurrección. — CARLOS A. SÁENZ: El testimonio de Gog. — GIOVANNI PAPINI: Visita a Ford, A. A. y W. C. — MANUEL RÍO: Fray Mamerto Esquiú. — Cartas inéditas de FRAY MAMERTO. — RAFAEL JIJENA SÁNCHEZ: Letras para cantar. — CARLOS MENDIÓROZ: Las iglesias de Perret. — JACOBO FIJMAN: San Julián el Pobre. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: José Enrique Rodó. — JUAN AURENCHÉ: Los asesinos. — DIMAS ANTUÑA: Cristo, La merced del dardo. — R. GARRIGOU - LAGRANGE: Individualidad y personalidad. — Dibujos de VILLARD DE HONNECOURT. — Ilustraciones de HÉCTOR BASALDÚA. — Xilografías de JUAN ANTONIO.



## VISITA A FORD

Ya había encontrado tres o cuatro veces al viejo Ford (Henry) en tiempo de mis negocios, pero esta vez quise hacerle una visita personal y "desinteresada".

Lo encontré de buen semblante y buen humor, dispuesto por lo tanto a conversar y franquearse.

—Vd. sabe, me dijo, que yo no trato de desarrollar una industria sino de hacer un gran experimento intelectual y político. Nadie ha comprendido bien los principios místicos de mi actividad. Y sin embargo no pueden ser más simples: se reducen a Cuatro Menos, a Cuatro Más y a sus relaciones. Los Cuatro Menos son: disminución proporcional de obreros; disminución de tiempo para fabricar cada unidad vendible; disminución del número de tipos de objetos fabricados, y finalmente disminución progresiva de los precios de venta.

"Los Cuatro más, vinculados estrechamente a los Cuatro Menos, son: aumento de máquinas y aparatos a fin de reducir la mano de obra; aumento indefinido de la producción diaria y anual; aumento de la perfección mecánica de los productos; aumento de salarios y estipendios.

"A un espíritu superficial y anticuado estos ocho propósitos pueden parecer contradictorios, pero Vd., hombre práctico, percibe ciertamente su perfecta armonía.

"Aumentar la cantidad y el rendimiento de las máquinas significa poder disminuir el número de obreros; reducir el tiempo necesario para la fabricación de un objeto equivale a producir mucho más cada día; disminuir el número de "tipos", obligando a los consumidores a renunciar a sus gustos individuales, trae como consecuencia el aumento de la producción y la reducción de los precios de costo, y por fin disminuyendo los precios y elevando los salarios aumento el número de los que están en condiciones de comprar y su capacidad de adquisición, de modo que puedo ampliar la producción sin peligro. Si los automóviles son caros y mis empleados ganan poco, pocos serán los que compren. Pague mucho y venda a bajo precio, y todos serán sus clientes. El secreto para enriquecerse es pagar como si uno fuera pródigo y vender como si estuviera por quebrar. Esta paradoja, que asusta a los tímidos, es el secreto de mi fortuna.

“Volviendo a mis ocho principios, es fácil deducir que el ideal máximo sería este: *Fabricar sin ningún obrero un número cada vez más grande de objetos que no cuesten casi nada.* Reconozco que se necesitará todavía algunas decenas de años para alcanzar ese ideal: soy utopista pero no loco. Y me voy preparando para ese día. Estoy construyendo aquí en Detroit una nueva fábrica que se llamará *La Solitaria*. Una joya, un sueño, un milagro: la fábrica donde no hay nadie. Cuando esté concluida y colocadas las máquinas de novísimo modelo, en parte absolutamente nuevas, que se están preparando, no se precisará ningún obrero. Cada tanto tiempo un ingeniero hará una breve visita a *La Solitaria*, pondrá en movimiento algunos mecanismos y se irá. Las máquinas harán todo, y trabajarán no sólo de día, como ahora los hombres, sino toda la noche, — y aun los domingos porque ninguna ley de Michigan prohíbe el trabajo festivo de los motores y los tornos. Todas las tardes un tren eléctrico llevará automáticamente a los depósitos los miles de automóviles y los miles de aeroplanos producidos por *La Solitaria*. Dentro de veinte años todos mis talleres serán como éste, y podré lanzar al mercado millones de máquinas por mes con la simple ayuda de unas pocas decenas de técnicos, guardaalmacenes y contadores.

—La idea es genial, contesté, y el sistema sería óptimo si no hubiera una dificultad. ¿Quién comprará esos millones de automóviles, de tractores y de aeroplanos? Si Vd. suprime el personal reduce también el número de los compradores.

Ford sonrió con una sonrisa que le iluminaba la hermosa cara de viejo juvenil.

—He pensado también en eso, continuó diciendo. Produciré tantas máquinas y a precios tan módicos que a ningún otro industrial le convendrá fabricar lo que yo fabrique. Mis talleres abastecerán tal vez los cinco continentes. En muchas partes el automóvil y el aeroplano no han entrado todavía en el uso común: con el poder de la publicidad y del control bancario obligaremos a todo el mundo a que los use. La colocación de mis productos es prácticamente ilimitada.

—Pero discúlpeme: si sus métodos anulan en gran parte la industria de los otros

países ¿dónde encontrarán éstos el dinero necesario para comprar sus máquinas?

—No hay que temerlo, respondió Ford. Los clientes extranjeros nos pagarán con objetos producidos por sus padres y que nosotros no podemos fabricar en nuestros talleres: cuadros, estatuas, joyas, tapices, libros y muebles antiguos, reliquias históricas, manuscritos y autógrafos. Todas cosas únicas y que nosotros no podemos reproducir con nuestras máquinas. En Asia y en Europa hay todavía colecciones privadas y públicas atestadas de esos tesoros no repetibles, acumulados por setenta siglos de civilización. En los europeos y asiáticos crece continuamente la manía de poseer los aparatos mecánicos más modernos y disminuye al mismo tiempo el amor por los restos de la antigua cultura. Pronto llegará el tiempo en que se vean forzados a ceder sus Rembrandt y Rafael, sus Velázquez y Holbein, las biblias de Maguncia y los códigos de Homero, las joyas de Cellini y las estatuas de Fidias, para obtener de nosotros algunos millones de coches y de motores. Y así el depósito retrospectivo de la civilización universal deberán buscarlo en los Estados Unidos, con grandísima ventaja, entre otras cosas, para la industria turística.

“Por lo demás mis precios, como consecuencia de la reducción del costo, serán extremadamente bajos, y aun la gente más pobre podrá comprar mis aeroplanos de paseo y mis automóviles de familia. Yo no busco, como Vd. sabe, la riqueza. Sólo los pequeños industriales atrasados se proponen como fin la ganancia. ¿Qué quiere Vd. que haga con mis millones? Si llegan no es por mi culpa, es el resultado involuntario de mi sistema altruista y filantrópico. Personalmente vivo como un asceta: tres dólares por día me bastan para alimentarme y vestirme. Soy el místico desinteresado de la producción y de la venta: las utilidades excesivas me aburren y no aprovechan más que al fisco. Mi ambición es científica y humanitaria; es la religión del movimiento sin reposo, de la producción sin límite, de la máquina dominadora y liberadora. Cuando todos puedan poseer un aeroplano y trabajar una hora por día, yo también figuraré entre los profetas del mundo y los hombres me adorarán como auténtico redentor. Y ahora, mi viejo Gog, ¿un *drink*? ¿Es cierto que pertenece secretamente a los “húmedos” o le han calumniado?

Nunca había bebido un *whisky* tan perfecto ni hablado con un hombre tan profundo.

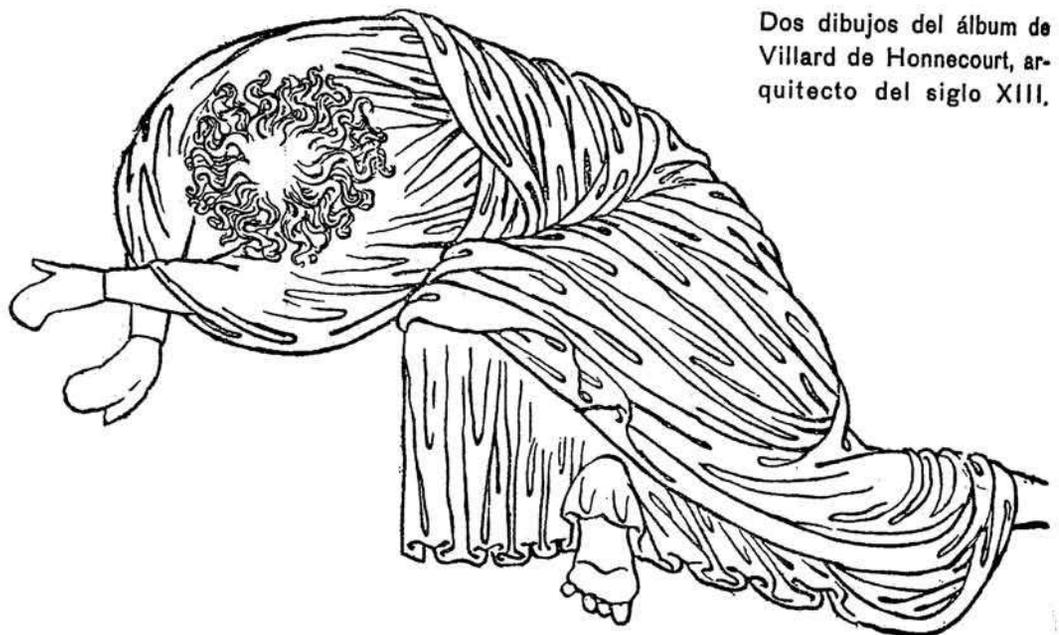
## A. A. Y W. C.

Salgo de un inmenso restaurant de lujo. ¡Horrible!

Nada más repugnante que esas bocas que se abren, esos millares de dientes que mastican. Los ojos atentos, ávidos, brillantes; las mandíbulas que se contraen y trabajan; los carrillos que poco a poco se enrojecen... La existencia de tales casas públicas es la mayor prueba de que el hombre no ha salido todavía de su fase animal. Esta falta de vergüenza aun en los que se creen nobles, refinados, espirituales, me espanta. El hecho de que la mente humana no haya asociado todavía manducación y defecación demuestra nuestra grosera insensibilidad. Sólo algunos monarcas de oriente y los Papas de Roma han llegado a comprender la necesidad de no tener testigos en uno de los momentos más penosos de la servidumbre corporal, — y comen solos, como debieran hacer todos.

Llegará un tiempo en que nos admiraremos de nuestra costumbre de comer en compañía — ¡y hasta al aire libre y en presencia de extraños! — como hoy sentimos asco leyendo que Diógenes el cínico satisfacía en público sus más inmundos instintos. La necesidad de engullir fragmentos de plantas y animales para no morir es una de las peores humillaciones de nuestra vida, una de las señales más torpes de nuestra subordinación a la tierra y a la muerte. Y en lugar de satisfacerla en secreto, hacemos de ella una fiesta, una ceremonia visible, la ofrecemos como espectáculo cotidiano, con indiferencia de brutos!

En mi casa, en New Parthenon, he suprimido desde hace tiempo el uso cuaternario de las comidas en común. En varios puntos de los corredores se ven puertas cerradas con una chapa de metal que tiene inscriptas dos letras: A. A. Todos los huéspedes saben que allí dentro a cualquier hora encontrarán comida y bebida. Son piccitas estrechas pero luminosas con una sola mesa y una silla única. El que tiene hambre entra y se cierra. Cuando está satisfecho sale, sin ser visto, y vuelve a sus quehaceres o a su ocio. Camareros encargados de ese servicio visitan varias ve-



Dos dibujos del álbum de Villard de Honnecourt, arquitecto del siglo XIII.

ces por día esos gabinetes, quitan la vajilla sucia, y los vuelven a proveer de alimentos bien dispuestos que se mantienen calientes muchas horas. Cerca de cada cabina alimentaria hay un W. C. con los últimos perfeccionamientos higiénicos.

¿Dentro de cuántos siglos se adoptará mi sistema en todas las habitaciones de los hombres?

Giovanni Papini

Capítulos del libro "Gog". Traducción de "Número"

## FRAY MAMERTO ESQUIU

Vivió "en el siglo más corrompido, más impío e hipócrita que registran los tristísimos fastos humanos" y en la República Argentina. Pero entendió que "el tiempo se pasa y la voluntad de Dios debe cumplirse" y se entregó, durante todos sus días, a la imitación divina en él. Porque fué su respuesta a la universal vocación a la santidad "*Volo esse sanctus. Miserere mei*".

Informado en el espíritu de la Orden cuyo hábito fué su único vestido, pretendió a la Pobreza, y fué pobre de bienes materiales (obispo, daba en limosna *toda su renta*); pobre de los gustos de la convivencia humana; pobre de placeres, con tal firmeza que no hay vestigio de lucha de él con el Impuro; pobre de sí mismo, o humilde, en fin. No obstante las tendencias eciticas propias de su época egoísta, declaró reputar las virtudes morales — él, poseedor de la paz y la pureza producidas por su ejercicio, — "si bien más cómodas y espectables, menos importantes y necesarias que el interior asentimiento a las verdades cristianas". A través de sus operaciones y de sus palabras, resplandecen la Esperanza indefectible, vigilada por el Temor; la Fe, "viva, fructuosa, animada por la Caridad"; la Caridad, alentado por la cual sentíase, como sacerdote, obligado a "ser santo, para siendo, estar consagrado al amor y a la grande obra de la santificación de sus prójimos". La perfección esencial al Episcopado surgía, así, de la abundancia de su dilección. Córdoba lo invocaba para agente de perfección (*perfector*), de cumplimiento (*consummator*) de su misión sobrenatural, que él expresó en punto capital: "Ningún otro centro de verdadera cultura como esa ciudad de Córdoba tiene mayor deber de correr al llamamiento del Santo Padre, a la doctrina de Santo Tomás y Filosofía escolástica, que en todas partes son la gran necesidad del día pero quizá en ninguna tanto como en nuestra pobre América, que se muere como ahogada de tinieblas anticristianas". El gestionó el restablecimiento de los estudios teológicos en la Universidad. Pero los pecados de sus hombres, ya entonces hacían a Córdoba indigna de conservar su Obispo.

Suele alabarse en él, al patriota, al orador o al sabio. Pero estas bondades sólo adquieren su sentido y todo su valor referidas a su santidad. Sin ella, él lo comprendía muy bien, habrían sido poco más que vanidades. Su patriotismo fué caritativo anhelo del bien, de la paz de su ciudad. Calificó su oratoria juvenil — la más elogiada — de "declamatoria", "hueca", "aérea". Ella fué útil, no obstante, en el sermón de la Constitución, más eficaz para la pacificación del país que las hazañas

militares o las astucias políticas, pues tranquilizó las conciencias. Pero contrastó con la evangélica su predicación y recibió avisos a su respecto, que no desechó. Tuvo un sueño prodigioso. Oyó de boca de un insensato estas palabras: "la cátedra del Espíritu Santo, Padre, no es para esparcir flores, sino para enseñar verdades". Y desde entonces se propuso que su elocuencia fuese vehículo de "doctrina, de luz suave y viva que no tanto entusiasmo, cuanto penetra hasta la división del alma y del espíritu, y sin arrancar aplausos vanos, produce callada y poderosamente, sólidas conversiones". "Oigo decir que algunos quisieran que se les hable siempre de la ciencia y no de la fe cristiana. Sin embargo, me tendréis siempre con Jesucristo en la boca, y con Jesucristo crucificado". Tal anunciaba a sus diocesanos y ¡cómo cumplió su promesa! Porque en medio de "la increíble ignorancia del siglo XIX", amó la Sabiduría, y para lograrla, optó ser "bárbaro" en lo que los hombres llaman ciencia, porque ésta "aun siendo verdadera, nada puede decirme de cierto sobre mi origen y mi destino, y sobre los bienes y la verdad que a grandes gritos pide mi alma"; y huyó, en cambio, como de "primer pecado (de) la ignorancia voluntaria de la ciencia de Dios, de la inmensa ciencia que se encierra en el admirable Símbolo de los Apóstoles y en la Oración Dominical". Gracias a Dios — exclamaba en la soledad, a la sombra del Santo Sepulcro — que me ha dado tiempo de poder aspirar a esta sola sabiduría, a ella aspiro y no quiero otra: alcáncemela. Aquella que invocan todas las lenguas que mueve el espíritu de Dios, llamándola *Sedes Sapientiae*". Paulatinamente su especulación, paciente, alimenta-



## RESURRECCION

*Encerrado en la carne, el mundo glorifica a la carne: la higiene en sus mil formas es la salud del pueblo, el fundamento de la ley. Y cuando el espíritu que está en el hombre carnal quiere evadirse, no encuentra más recurso que explotar las posibilidades de la carne: paraísos artificiales, conducción de los sueños...*

*En tal programa de glorificación falta el dogma de la glorificación: el artículo undécimo del Credo — *carnis resurrectionem*. El mundo se esfuerza por ocultarlo, y consigue que los hijos de la luz apenas lo recuerden. Sin embargo no puede imaginarse mayor alegría "humana" que esa gloria de lo que nos hace un poco menos que los ángeles.*

*Pero esa resurrección es en el orden celeste (lo superior asume lo inferior) en el orden de la encarnación de Cristo. Y el mundo busca la gloria en el orden terrestre, para que la carne se apodere del espíritu, en el orden del superhombre.*

*El fin de los tiempos consumará el orden verdadero y la ordenación falsa, por el reinado caduco del anticristo y la trompeta del reino que no tendrá fin.*

NUMERO

da en la Patrística, se mueve hacia la plegaria, mostrando su unidad en una contemplación casi permanente, que transparece en todas las páginas de su precioso *Diario*. Por esa contemplación, adquirió su alma, en especial durante sus últimos años, la simplicidad omnipotente de los hombres de quienes se apodera el Absoluto, su alma que con su vida, él ofrecía temblando al Señor: "¡Oh! Acepte su Corazón dulcísimo esta paja que humea y esta pobre alma que no es otra cosa que caña cascada".

Comparados con él ¡qué raquícos resultan los hombres que el liberalismo, en su pretendida historia argentina, ha exaltado como grandes y ejemplares! Grandes sólo relativamente a otros, hombres, esbozos de tales, que prefirieron percederos objetivos a serlo en absoluto.

Grandes y ejemplares son sólo Nuestro Señor Jesucristo y por participación, aquéllos, partícipes de su divinidad, en quienes, con su libre cooperación, se realiza la Identidad con la Imagen su Ejemplar.

Por tal tenemos piadosamente a Fray Mamerto Esquiú sin osar — es superfluo decirlo — prevenir el juicio que Dios inspire a su Iglesia.

Manuel Río

## CARTAS DE FRAY MAMERTO

Estas cartas, que transcribimos de originales autógrafos las tres últimas y de copia la primera, no están publicadas ni aludidas en ninguna de las obras relativas a fray Mamerto Esquiú de que tenemos noticia, a saber: "*Obras*" editadas por Alberto Ortiz (2 tomos), 1883; "*Obras, correspondencia, escritos y sermones coleccionados por Fr. Mamerto A. González*" (T. I, único), 1905; Fray Mamerto A. González: "*Reseña biográfica del Ilmo. Fr. Mamerto Esquiú*" (T. I, único), 1906; "*Fr. Mamerto Esquiú y Medina - Su vida privada (s. d.)*" - "*Su vida pública*", 1914; "*Fray Mamerto Esquiú - Datos biográficos reunidos por Félix F. Avellaneda*", 1917; "*Al Padre Esquiú - La Comisión Nacional de Homenaje en el año centenario de su natalicio - 1826-1926*", por Alberto Molas Terán (Pbro.), 1926; "*Vida, virtudes, fama de santidad y milagros del siervo de Dios Fr. Mamerto Esquiú*", por R. P. Fr. Luis Córdoba, 1926.

"Sr. V. C. del Obispado de Córdoba Dr. D. Uladislao Castellano. Catamarca, Marzo 29 de 1880. Mi mui estimado Señor: La bondadosísima carta de 15 del presente que se ha dignado dirigirme V. S. me inspira la confianza que suele tenerse en el seno de la propia familia para referirles todas sus cuitas y compartir con ellos sus propios males. Aquella mi enfermedad que tenía al pasar por Córdoba me dura aun, no para grandes molestias, sino para asco y horror de quien me ve; pues que no desaparece del todo la hinchazon ni acaba de cicatrizar la herida que de camino me hizo el cochero. Gracias a Dios, en todo ello no hay más que un poco de confusión a mi vanidad. Pero se las daría yo mayores, si el Señor entre otros mil medios que puede tomar quisiese emplear el de una completa enfermedad, y aun el de la misma

muerte, se entiende, hallandome en su gracia, a fin de que se fustre lo que temo. Conservese V. S. en buena salud y con la paz y el gozo que sobrepaja todo bien sensible, no olvidandose de mis necesidades espirituales, y de la sincerísima voluntad de servirle de su afmo. atento y S. S. *Fr. Mamerto Esquiú*".

"S. Vicario Capitular, Canonigo Dr. D. Uladislao Castellanos. Salta, Mayo 7 de 1880. Mi mui estimado y venerado señor - Soi deudor a V. S. de la contestación al telegrama del día 3 de Abril en que me daba noticia de la preconización hecha el día 27 de Febrero. Ruegole que me escuche con paciencia. A la fecha del telegrama, yo me hallaba entre manos con un viage a Salta, y apurado por las ocupaciones del ministerio sacerdotal y la necesidad de salir antes que hubiese alguna noticia de Roma; no pensaba qe. esta llegase en aquellos días y me proponia estar algun tiempo mas en Catamarca para evacuar con tranquilidad todo lo que era relativo a un viage que quizá seria sin vuelta a mi querido convento y ciudad. En esas circunstancias y la de escasez de medios para mi viage me tomó la noticia dada por el telegrafo; ya no pensé sino en realizarlo proponiendome contestar por correo al aviso de V. S. Mi salida fué desatinada; en el camino de Tucuman a Salta me vi precisado a parar en un lugar donde no había recado de escribir, y apenas llegué a Salta me tomó la fiebre de que me hallo aun en estado de convalescencia. Espero de la bondad de V. S. que en vista de todo esto y mui particularmente por respeto a la pobreza de mi P. S. Francisco me perdonará la falta y quedará en salvo el respeto como el sincerísimo afecto que profeso a V. S. Hallandome en cama recibí igualmente los mui honorables y consoladores telegramas que se han dignado hacerme los SS. del V. Cabildo y su querida y sagrada familia del Seminario; me propongo contestarlas por el siguiente correo. Díguese V. S. adelantarles la expresion de mi profundo reconocimiento, y pedirles perdón de mi parte de no haberlos contestado por telegrafo por causa de mi enfermedad y de aquella otra sagrada razon franciscana. Quizá ha visto V. S. en el Nacional o en algún otro periodico lo que aquél ha dicho de haber yo escrito al S. Presidente una *carta-pastoral* recomendando la candidatura del S. Sarmiento. Me apresuro a declarar a V. S. que es enteramente falsa dicha noticia; y que no sólo no he escrito al S. Avellaneda, sino a nadie sobre ningun candidato de Presidente; mi alma abomina los furores de politica, porque veo en ellos el germen de la espantosa guerra civil; estas son mis convicciones de todo tiempo, ¿y había de olvidarlas en un tiempo en que mas que nunca debo ser solo de JESU CRISTO? Me permito la confianza de incluir dos cartas para que V. S. las dirija a su destino. La presente toda es materia de caridad y de paciencia para V. S. Quiera tenerlas muy grandes con este su afmo. S. Q. B. S. M. *Fr. Mamerto Esquiú*".

"Sr. Vicario Capitular y Gobernador del Obispado de Córdoba, Dr. D. Uladislao Castellano. San Lorenzo (Rosario), Octubre 30 de 1880. Mi mui apreciado señor: Recibí como siempre con la mayor estima y grandísimo consuelo de mi al-

ma su última dirigida a Catamarca. No di oportuno aviso por hallarme apuradísimo disponiendome a mi partida de aquellos lugares. A mi arribo a la Estacion de S. Pedro, la vispera del día en que pasé por Cordoba, recién tuve noticia del edicto de V. S. sobre la lectura de los periódicos "El progreso", "La carcajada" y "El Interior". Me la dieron algunos que no conocen bien lo que importa la integridad de la fe cristiana y que no (no) tienen en cuenta los deberes de los pastores de la Iglesia. Despues de eso, aquí en el Rosario, he visto las falsas apreciaciones que lógicamente tiene que hacer el liberalismo sobre las doctrinas de su Pastoral, y ademas cómo los aludidos se preparan a hacer guerra a muerte a los que ellos llaman ultramontanismo y tiranía clerical. Como es consecuente al terrible favor que a la vez suele hacerse de tenerme por liberal, en las pocas apreciaciones que sobre la Pastoral he oido, se entrafía la esperanza de que el futuro Obispo (que Dios lo remedie) no seguirá la linea de conducta que le señala V. S. Este juicio, como el aprecio y sumo respeto que debo a V. S., me obligan a declararle, aunque pueda parecer impertinente no teniendo indicacion alguna de parte de V. S. sobre el asunto, que estoi con todo mi corazón, y pronto a sufrir la muerte por la pureza de la santa fe; que mi conviccion más profunda sobre la naturaleza de los males que nos abruma es que ellos se reducen a tres: el pecado, las malas lecturas y las sociedades secretas; sin aquel no habria las que siguen, y sin estas no daría paso la inmensa y peligrosísima secta anticristiana de nuestros tiempos. En suma, declaro a V. S. que tratándose de la verdad y de la justicia yo recibiré como un preciosísimo legado de su piedad y celo sacerdotal las luchas y persecuciones que encontrare en la gloriosa y digna prolongacion del camino que antes de V. S. hacia el inolvidable y nunca bien sentido Sr. Alvarez. Precisamente, desde que he tenido noticia de su Pastoral y de las iras liberales que le salen al encuentro no he visto ni "El eco" ni "La prensa católica"; por consiguiente no conozco el giro que lleva la cuestion religiosa, ni el te-

rreno en que se defienden esos sacratísimos intereses; y como me he adelantado a hacer conocer a V. S. mis principios aun a riesgo de ser impertinente, así tambien he querido dar un consejo a nuestro P. Falorni, aun con peligro de parecer necio aconsejando lo que ya estará hecho y sin duda mejor que mis indicaciones. Tales majaderias nacen del interes qe., aunque tan pobremente, tengo en el gravísimo asunto de que se trata. El Señor de a V. S. la paciencia y fortaleza que necesita. Se recomienda a sus oraciones su afmo. siervo *Fr. Mamerto Esquiú*".

"S. Gobernador del Obispado de Córdoba, Dr. D. Uladislao Castellano. S. Lorenzo. Noviembre 2 de 1880. Mi mui venerado señor - Ayer a las 12 recibí el telegrama que me hizo V. S. movido por esa solícita caridad de buena madre con que me mira; y hace una obra mui buena en tenérmela, porque no creo que hay hombre tan digno de compasion y tan necesitado como yo. Las tinieblas y la flaqueza son todo mi ser teniendo aun solo en perspectiva la formidable carga. En los pocos días de retiro y mui mal hecho que he practicado en este Colegio, nada he pedido tanto al Señor despues del perdón de mis pecados como el que si es su voluntad y me tiene en su gracia se digne darme la libertad de la muerte. De ahí vea V. S. cuanta necesidad tengo de oficios maternales. Ayer tambien recibí oficio del S. Ministro del Culto con copia del Decreto del Gobierno Nacional dando *pase* a las Bulas y prescribiendo la formula del juramento que debo prestar: su ultima clausula es *salvas las Leyes de Dios y de la Iglesia*. Sin esta que yo deseara fuese la introduccion del juramento, este tendría la crudeza de infierno de que Dios me libre. No he recibido los N° de "La prensa" que me envió nuestro S. Falorni. Haga el Señor que alguno los lea. Mañana mui temprano con el favor de Dios pasaremos con el P. Guardian de este Colegio al Rosario a tomar parte en la recepcion de aquel *angel de paz*. Ruegue mucho al Señor por su afmo. siervo *Fr. Mamerto Esquiú*".

## LETRAS PARA CANTAR

Volverás de las sierras  
bañada de luceros y de lunas,  
perfumada de menta y yerbabuena.

Los soles y los vientos  
te habrán hecho más ágil, más graciosa,  
y un poquito morena.

En tus ojos, los cielos más azules;  
en tu pelo el aroma más intenso,  
y en tu boca los cantos de mi tierra  
traerás cuando vuelvas.

Yo te estaré esperando,  
acrecentada el ansia por tu ausencia,  
oh, amiga entre amigas,  
con un semblante nuevo  
y una palabra antigua.

Rafael Jijena Sánchez

# LAS IGLESIAS DE PERRET

Esta época es confusión; y el planeta, una torre de Babel en la que sus moradores gritan y discuten sin saber por qué. Sólo se tiene el recuerdo vago de aquel tiempo en que un hombre era igual a otro hombre. En este siglo de Libertad, la libertad cuando no es capricho es esclavitud del hombre a una teoría. Los libros de los dictadores se multiplican, y los amigos del arte miran complacidos esta lucha en que los bandos mantienen tal disciplina. Pero la Providencia se burla de todos ellos, y suscita para escándalo y para bien, de vez en cuando un artista.

La discusión se ha vuelto agria entre los que coquetean con la Arquitectura. Los contrincantes han adoptado unos proféticos aires de polémica y han escrito y a veces construido con el *parti-pris* de ir más allá, o más acá, que el enemigo. Este individualismo funesto parece que hubiera contribuido a ese desarrollo casi exclusivo de la arquitectura de la vivienda: hoy ha desaparecido, o algo así, la gran Arquitectura. No los problemas, sino las soluciones. Poquísimos son los ejemplos de grandes construcciones resueltas con criterio actual. Todavía son novedad. Y la arquitectura de todos los tiempos vive por las grandes obras que deja y no por las casitas burguesas.

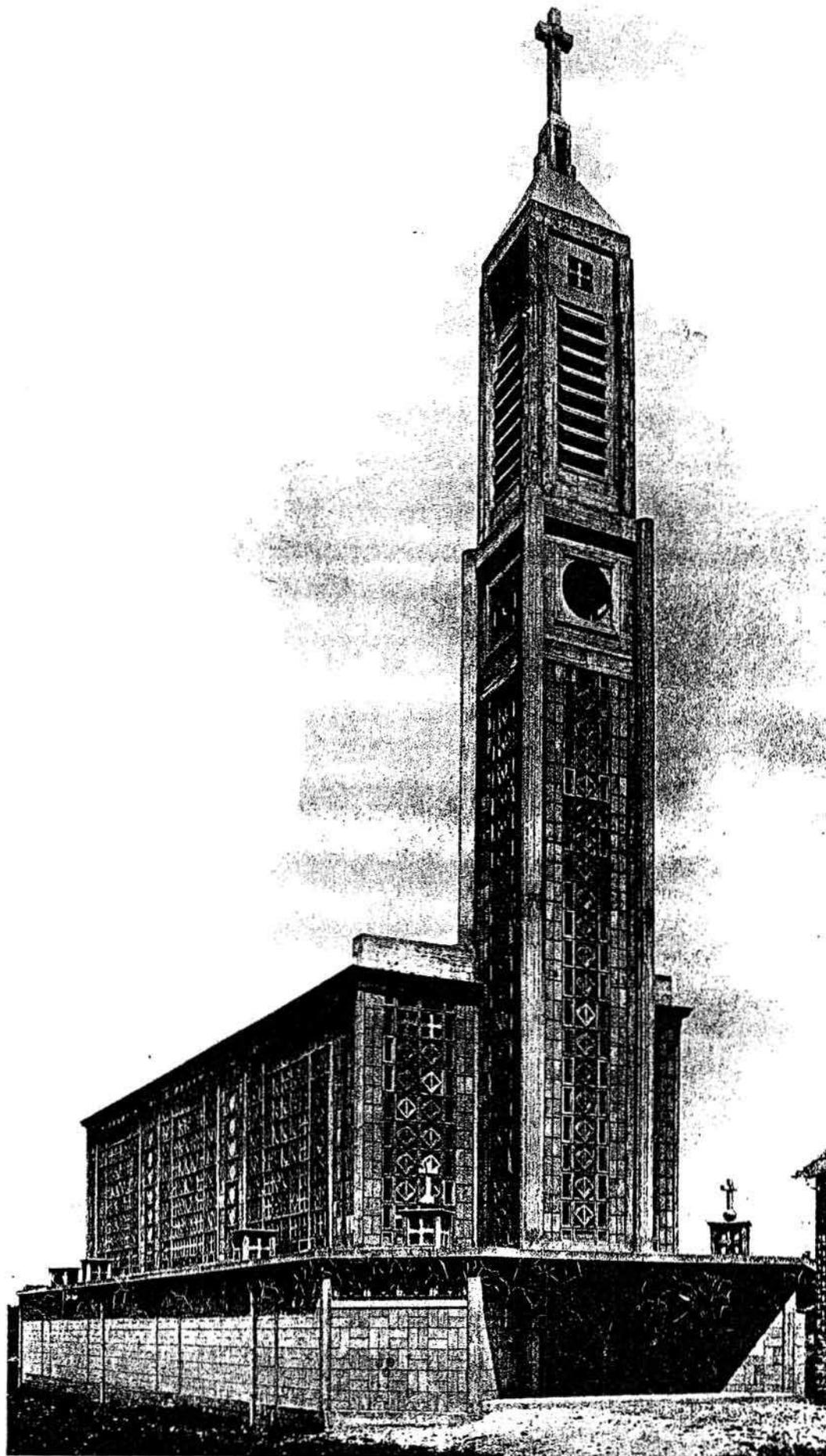
No hay duda que donde más se advierte esta falla es en la arquitectura religiosa. En nuestros días ha dejado de ser el problema apasionante. Y lo peor es que cuando se ha hecho la tentativa ha sido generalmente lamentable. Se ha visto crecer templos de un sentimentalismo ignorante, cuando no de aspecto wagneriano, o de una frialdad jansenista. (Y esto para no hablar sino de aquellos en que se ha tenido interés por evadirse del estilo.) El pecado de la falta de sinceridad o de sencillez llevó a muchos arquitectos a un "pintoresco religioso", aunque el fiel quedara sin leer su libro; los altares y la decoración debían llevar un sello teatral, casi espiritista. Y los exteriores debían, naturalmente, guardar algún parentesco siquiera con los "estilos tradicionales". Esta atenuación era una cosa muerta que no podía crecer.

De pronto Perret construyó una iglesia en Raincy, villa cercana a París. Allí aplicó su genio y su equilibrada inspiración. Y presidida por un grande amor al problema, su obra resultó la de un hombre libre de teorías y con fuerzas suficientes. Ha llegado sola su obra, sin predecesor. El origen de su arquitectura es el mismo de todas las legítimas: la expresión sincera en una época. El mérito de Perret es inmenso, porque de todo se preocupaban los arquitectos anteriores menos de la Arquitectura. Y fué él quien hizo saltar la

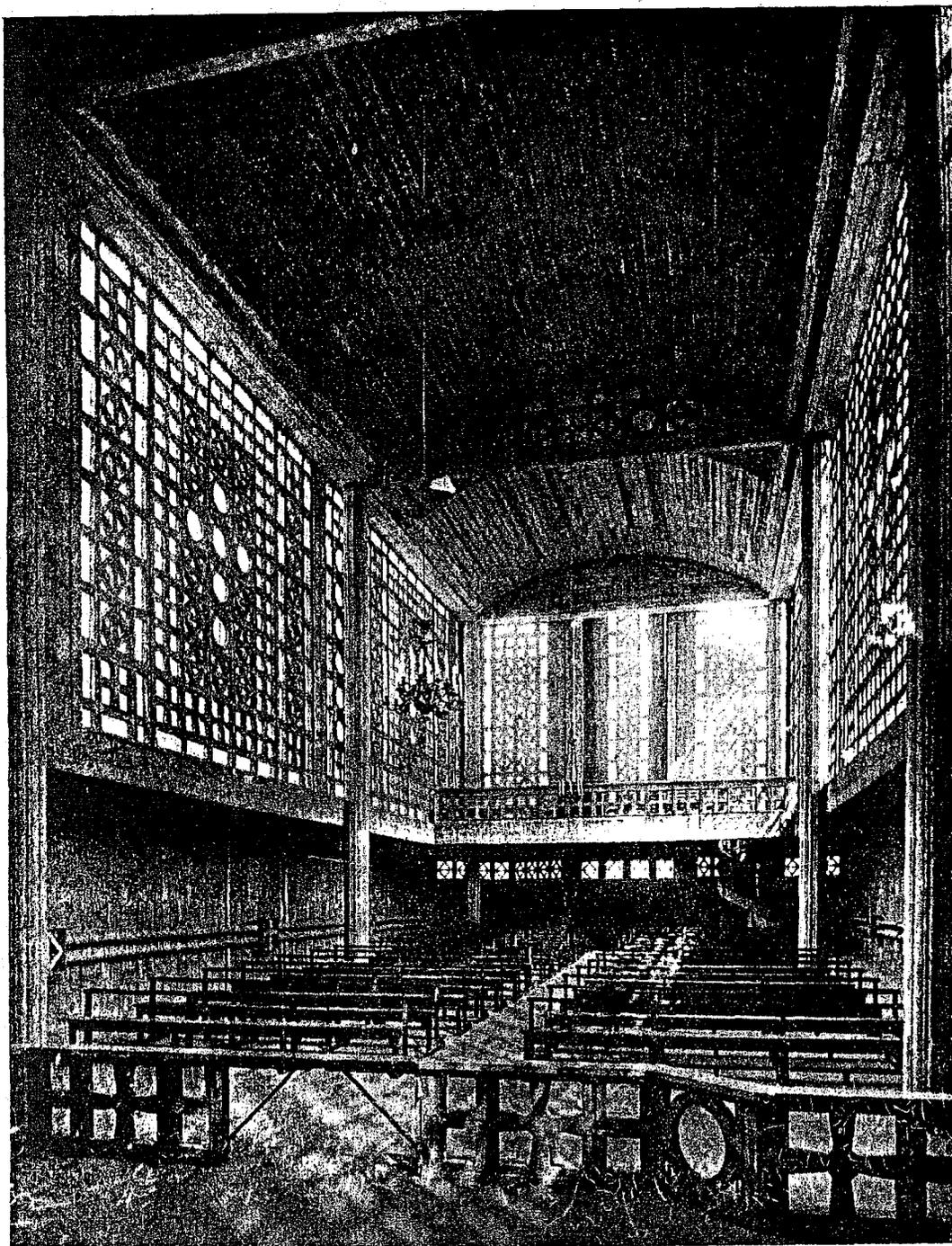
herrumbre de los dedos de muchos constructores de hoy.

Perret es ahora un arquitecto viejo; pero el más joven de los arquitectos. En la Edad Media hubiera intervenido en la construcción de varias catedrales, pero la prudencia de nuestra época lo ha limitado. Tuvo la oportunidad de hacer dos capillas pero hizo dos obras geniales: tal vez por eso no haga otras.

La iglesia de Raincy mide cincuenta y cinco metros por diediocho y tienen sus bóvedas unos catorce de altura. Está construída toda íntegra, como la de Montmagny, en hormigón armado. Al revés de lo que generalmente ocurre, Perret ha dominado al material, y a causa de esta normal dependencia del material al hombre, el material ha dado lo más que podía dar y se ha expresado en formas be-



Frente de la Iglesia de Santa Teresa en Montmagny



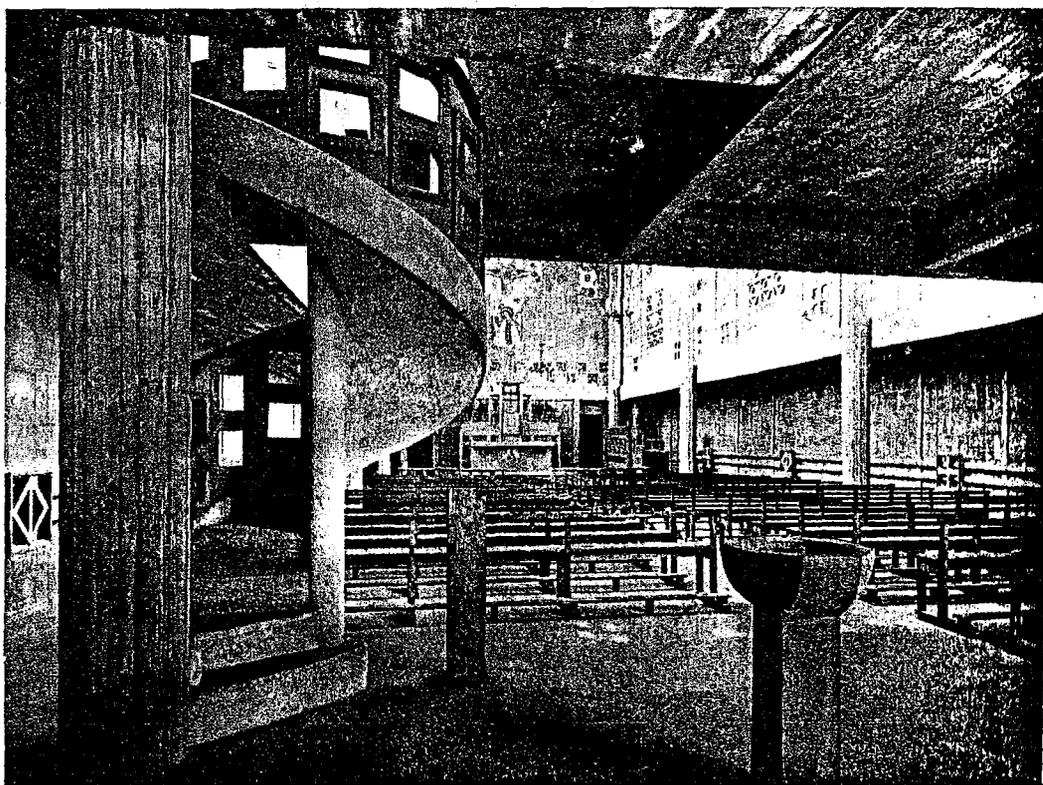
tan inusitada. Perret solucionó el asunto con esos recursos simples y definitivos que usa en todo, desde la disposición de un plano hasta el estudio de un ladrillo: estrió la columna. Desde los griegos no se había visto otras columnas estriadas: en este siglo XX vemos nuevamente la estria como necesidad de proteger y acompañar la forma cilíndrica en un ambiente. Con este solo recurso, el fuste cilíndrico cumplió el papel de la columna, que es el de ser un bello órgano de sostén. Y el recurso es apropiado para el material moldeable de nuestros días, y salva el inconveniente de la falta de artesanos de la escultura: la verdad de estas columnas es simple como la de un tronco de árbol: se asientan, se elevan y sostienen.

Así podría encontrarse la solución de un problema en cada elemento de esta arquitectura. Perret no ha dejado escurrirse nada sin controlarlo racionalmente. Contra el aforismo de los pompiers: la Arquitectura es el arte de las concesiones, él enseñó que es precisamente el arte de no hacerlas. Así resolvió también en forma inteligente el problema de los muros: como en la construcción de nuestros días el muro casi no juega otro papel que el de limitar un ambiente — la función de soportar la absorben las columnas, — Perret ha dado a las vidrieras su máximo desarrollo. Con esto ha solucionado la búsqueda ansiosa de los góticos que llegaron a reducir los muros a límites casi incompatibles con la piedra, y sólo conseguidos por el genio de esos constructores sabios, de quienes parece Perret haber heredado la intrepidez y la inspiración. La Sainte Chapelle, obra del siglo XV, parece un anticipo del triunfo de Raincy. Cuando las definitivas vidrieras de esta iglesia estén terminadas podrá recién comprenderse lo

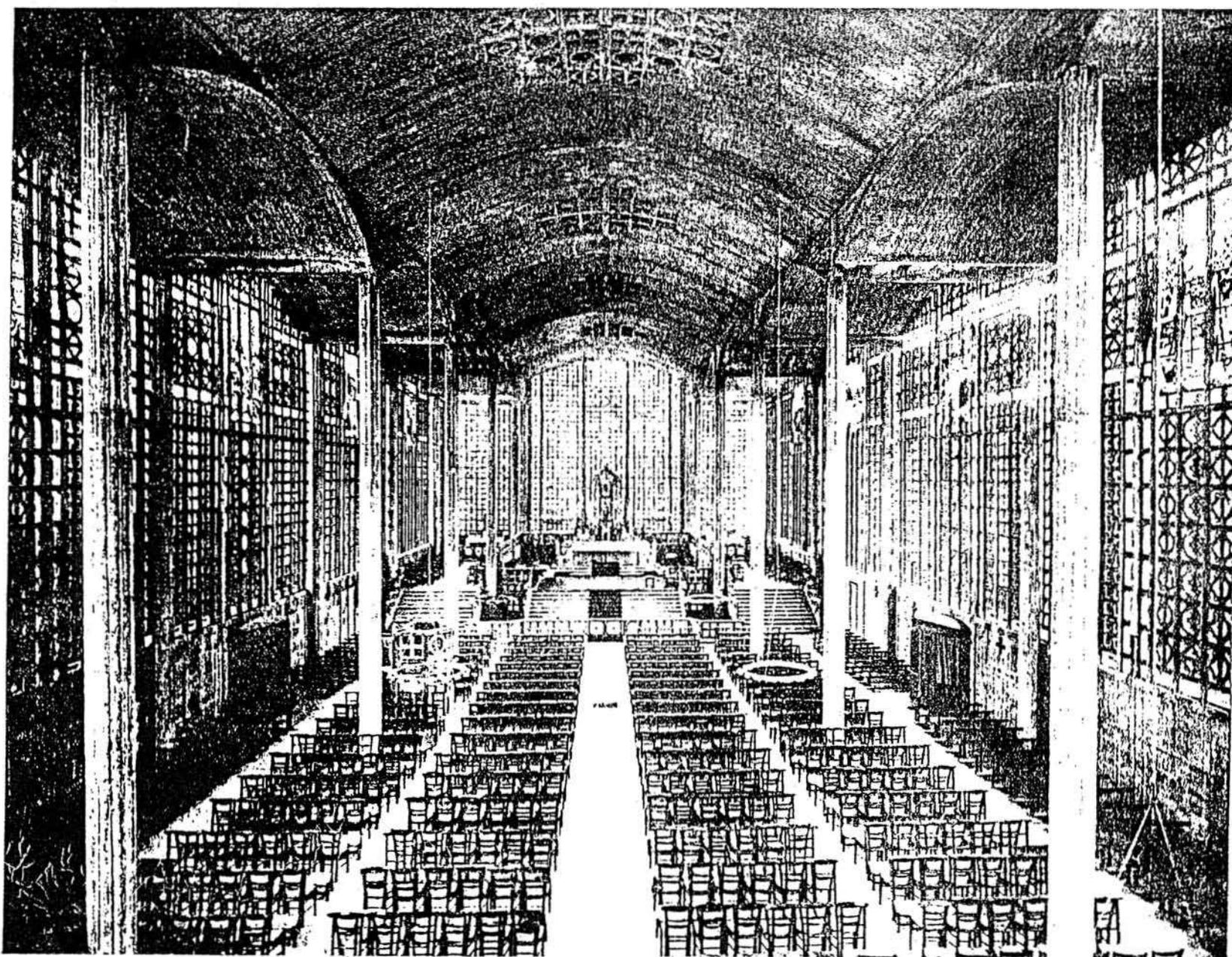
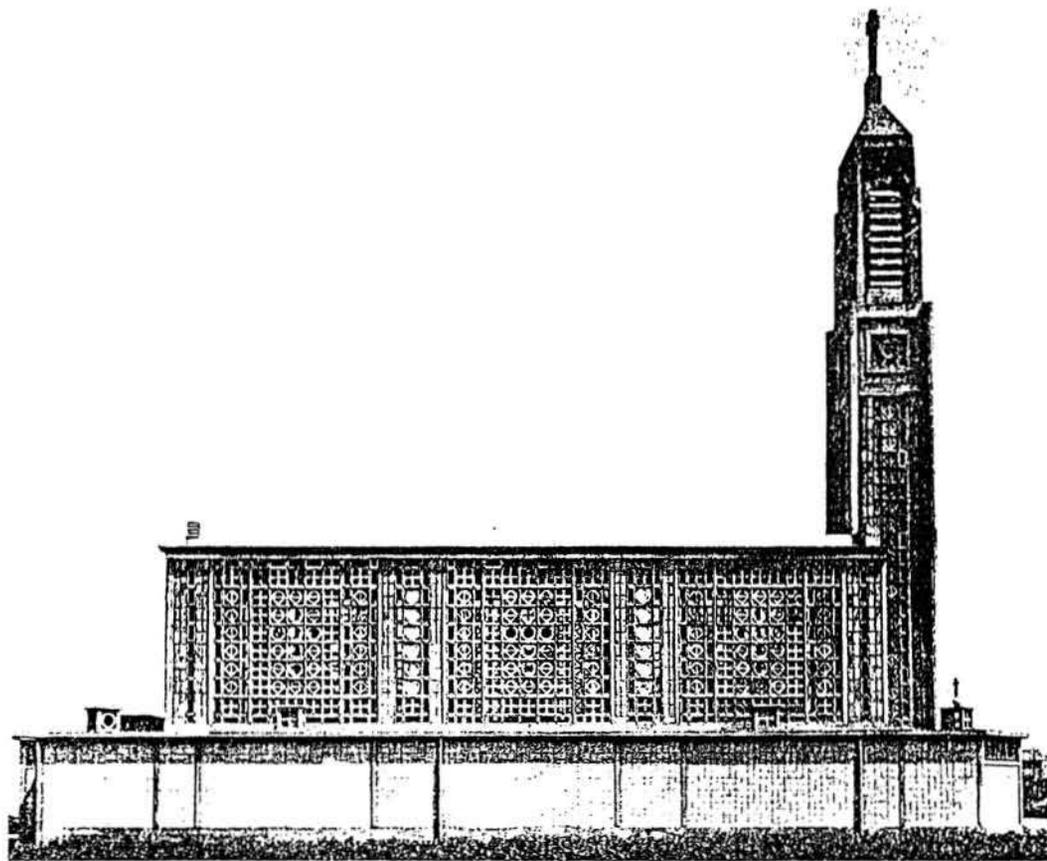
Interiores de la iglesia de Montmagny.

Has; y el hombre ha dispuesto de todas sus fuerzas para encauzar su concepción por un camino racional y humano.

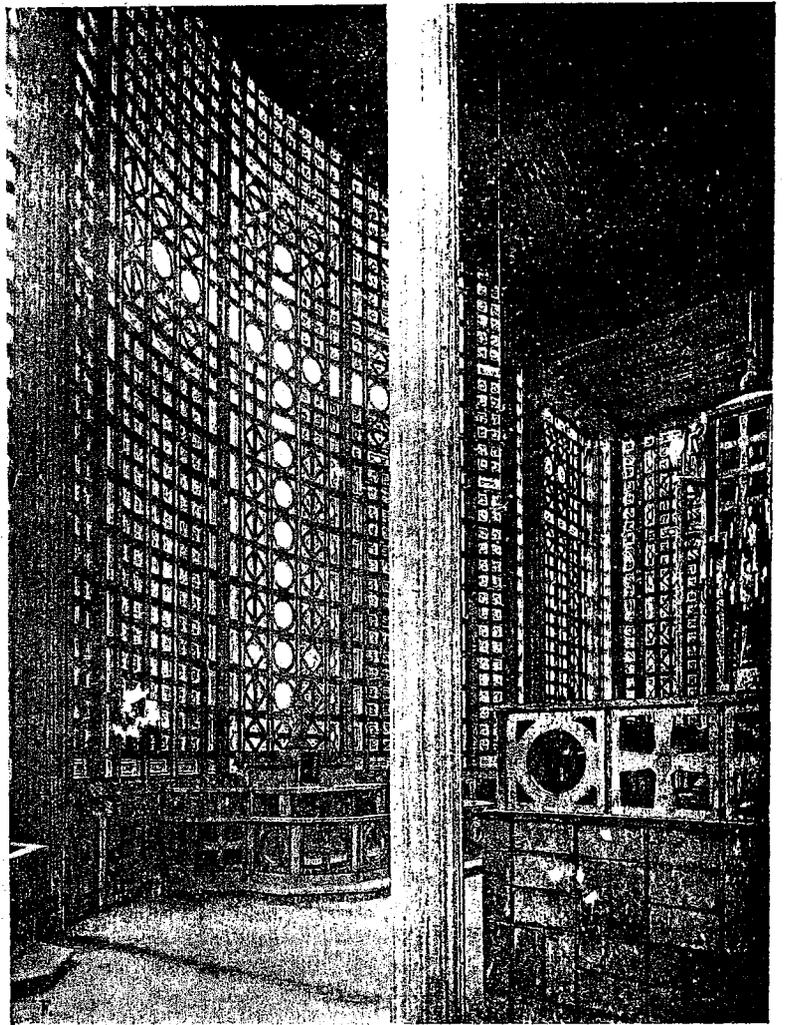
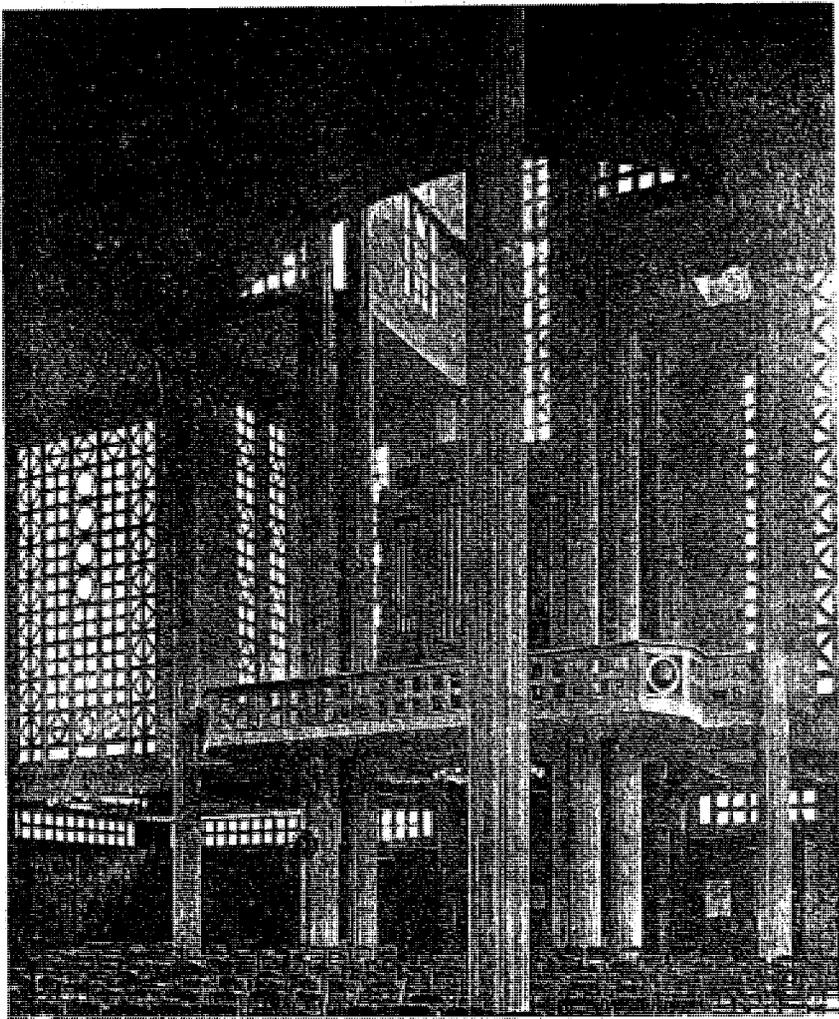
Desde el sistema constructivo, que Perret domina como buen constructor, hasta ciertos elementos ajenos a la estructura y cuyo único fin es agradar — “la piedra de toque del arquitecto” — en todo se sigue un espíritu vigilante que sabe su grandiosa responsabilidad. Las formas viven libremente en el espacio como en su elemento natural, sin sorpresas angustiosas de perspectiva. Las columnas interiores de esta iglesia son un ejemplo: como Perret se resolvió a mantener el plano de tres naves, por convenirle constructivamente, o porque quiso respetar esta tradicional disposición, el empleo de la columna le planteó el siguiente problema: según lo impuesto por la necesidad constructiva, las columnas de doce metros de altura sólo requerían unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro. Debe haber sido cosa difícil prever el aspecto en el espacio de estos cilindros de proporción



maravilloso que guarda esta promesa. Actualmente sólo la del abside y la última de un costado son las definitivas. Y sus colores fuertes y manchados — rojo y azul — explican la audacia de abrir esa pared al fondo, que brilla severamente con luces entrecortadas por el enrejado concebido con tanta inteligencia. Presidiendo todo el ambiente coloreado de la nave, se abre una cruz en el ábside, destacada por colores más claros y vidrios de mayor tamaño. Es este un espectáculo imprevisto, que choca con la visión del que entra. De afuera no se sospecha lo que le aguarda: el color verdoso del cemento se enlaza y se modifica con las luces que recibe, y a los costados las vidrieras — provisionarias todavía — van pasando gradualmente desde los colores válidos — amarillo, anaranjado — hasta alcanzar la gravedad de los del ábside. Cuando todas las vidrieras sean definitivas, entonces esta iglesia será lo que ahora es sólo en la concepción de Perret. La nave perderá la excesiva luminosidad de ahora, y será una caja de colores y de proporciones difícil de imaginar sin estar allí.



Arriba: Vista lateral de la iglesia de Montmagny - Abajo: Nave de Notre Dame de Raincy

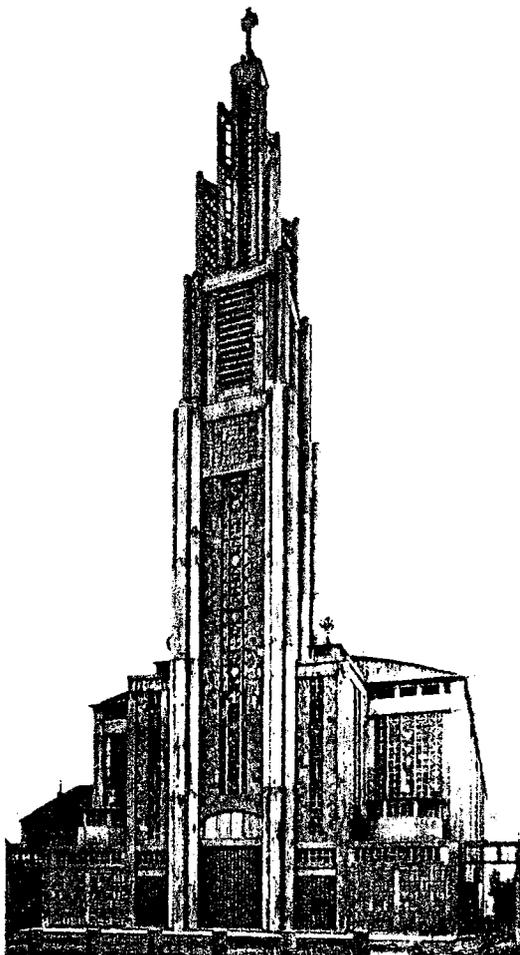


Aspectos del coro  
y del ábside y vista exterior de la Iglesia  
de Notre Dame en Raincy

Augusto Perret es sin duda un cristiano. Por eso sus obras son tan proporcionadas al hombre. Sin caer en la frialdad protestante, ni en el desmayo sentimental, también protestante, camina Perret tan libre por su camino, que parece un pordiosero. Y es un pordiosero de veras porque sus obras se han levantado con entera pobreza, de esa pobreza pródiga y no mezquina. Se ve en tal ambiente nuevo, mas lleno de caridad, la minuciosa vigilancia del artista que ha querido apurar la sobriedad hasta la penitencia. *Era necesaria su obra como un desagradío por todas las catedrales de Luján que andan creciendo por el mundo.*

La Iglesia de Montmagny, levantada en honor de Sta. Teresa de Lisieux en el año 1925, es menor y más pobre que la anterior. La simplificación llega acá al límite. La pobreza es absoluta. Mirando esta otra obra genial y desnuda, se recuerda con pavor tantos altares lujosos y espantables con que la ignorante voluntad de los ricos pretende honrar la memoria de la Santa. Aquí Perret, por encima de la mojigatería corriente, que no concibe para esto sino un rastacuerismo derretido, ha mostrado que la putrefacción no era total. Y a tiempo, porque ya resultaba inexplicable que se hubieran dado sólo cita alrededor de esta Santa, los dudosos cultores de un "arte" equívoco.

La arquitectura de esta capilla es más pura que la anterior. Su visión da una idea de cosa clásica, perfecta. La línea de la torre es una línea segura: hay una economía de formas mucho mejor lograda que en Raincy. En ésta las columnas adosadas a los ángulos, a pesar de su razón constructiva, hacen caer en la sospecha de



una debilidad de Perret. Mientras que el perfil, galibado a lo que parece, de la torre de Montmagny, elevándose hasta los 32 metros, es una unidad que el ojo logra aprehender sin esfuerzo.

Pasando por entre los pies de la torre, se entra al interior simple de esta iglesia. La perspectiva desde la puerta, con la escalera naciendo a la izquierda, y el desarrollo de la nave semicubierta por la losa del coro, es de una profunda armonía de proporciones. La pobreza hace que en esta capilla no se encuentre refinamientos de color ni de formas. El aéreo coro de Raincy, perfecto juego de columnas y de aire, se ha reducido a un simple balcón; el ábside centelleante de Raincy es aquí un muro no muy afortunado en su decoración; los tramos del costado no toman la gravedad de la columnata de Raincy, pues como el edificio va entre medianeras, ha sido necesario entrar y pegar el muro a las columnas. Además el colorido de las vidrieras, de mayor desarrollo aún que en Raincy, estriba sólo en vidrios de color uniforme — amarillo, rojo y azul, — combinados según los dibujos del enrejado.

Sin embargo ha conseguido Perret hacer valer todos estos pobres elementos con tanta felicidad, que quien mire esta descarnada obra de arte, no percibe la lucha que ha mantenido el arquitecto con la falta de recursos. Y justamente estas obligadas reducciones le han precisado a perfeccionar tan empeñosamente la forma, que ha resultado de la iglesia de Montmagny el ejemplo de arquitectura más puro que se pueda señalar en el planeta desde la aparición del hediondo Renacimiento.

Carlos Mendióroz

# SAN JULIAN EL POBRE

Por fin había dado con una calle de un solo minuto, o como decimos aquí, de una sola cuadra. Era angosta y se llamaba San Julián el Pobre. A veces tenía un silencio y otras, dos o más; a veces, turistas, y a veces, solitarios. Era una calle sorda con aspectos de penitente postrada ante la iglesia de San Julián el Pobre, en cuyo interior, según me mostró un guardia republicano (Liberté, Fraternité, Egalité) aun existía un pequeño horno donde antiguamente se hacía el pan destinado a ser distribuido entre los pobres. Antiguamente...

Un pintor japonés desde la esquina de la calle angosta dibuja, pinta o intenta sorprender a Notre Dame. El olor de las papas, de los arenques, de las lechugas le había obligado a hacer una naturaleza muerta. No es tan fácil participar de Notre Dame. El que podría participar de ella es un japonés converso y monje que llevaba el otro día en su valija una colección de varios ídolos nipones que había confiscado en la casa de sus amigos japoneses convertidos por él. Había en él el "amarillo", y otras condiciones del amarillo que no podían participar de Notre Dame. Antiguamente... ¿Por qué antiguamente? El pan de los pobres.

Notre Dame. Notre Dame. A media noche, casi junto a los apóstoles de los portales, una mujer enorme me gritó:

—¿Dónde vas?

La mujer era enorme, y su voz era también enorme como para anchura del desierto.

Los mecheros de los faroles, claros y adormecidos.

—Vamos — repitió la voz de la mujer.

Tres guardias republicanos montados a caballo cruzaron el Pont Neuf.

La mujer enorme huyó. Las gárgolas de la catedral se retorcieron en mi alma. Y se me vino un recuerdo amargo: Teresa.

Mi novia era pequeña y vestía de vez en cuando de rosa. Teresa, Buenos Aires. Miré el cielo de París. No había estrellas. Había cielo y no había estrellas.

El oficial bolchevique me tomó las manos, miró detenidamente sus líneas, luego echó las cartas, y leyó:

—¡Tragedia! Usted ama a una niña de familia tradicional que se opone a sus relaciones. Ella no lo quiere mucho...

Ema se paseaba de un lado a otro y cantaba: *Eron, eron, petit patapon, sur le pont d'Avignon*, — con acento agrío y extraño que me trajo a la memoria el pueblo de mi nacimiento, y un puente, y sobre ese puente el niño que aún hay en mí, y al cual no termino nunca de volver y retornar. Ese niño que de vez en cuando asoma a mis ojos, y a quien la enfermera del Hospital de la Maternidad, de la Rue Pascal, dijo:

—Usted tiene ojos de portugués enamorado.

Justamente esta noche, a la una, tengo cita con la enfermera; y a la una menos cuarto me apuesto cerca del hospital.

Empieza bruscamente a llover. De tanto en tanto, en la oscuridad se levantan resplandores que dejan ver los techos de pizarra y el patio del hospital. Suena a cada momento la diligencia. A cada momento traen mujeres que dan a luz. Es noche de nacimientos.

Pasan los segundos, los minutos en hechura de horrible pesadez. La enfermera no sale. Es noche de nacimientos. Aquí mismo cayó durante la guerra la granada que mató a madres que acababan de dar a luz. La guerra. ¡Uf! He visto en compañía de Lisandro, el 14 de Julio, a un oficial de cara fina y rosada, un querubín de confitería y muchas condecoraciones. Lisandro no se pudo contener, no obstante enorgullecerse de su abuelo el general Sucre, y observó:

—¡Y éste es un héroe!

La guerra. Noche de los nacimientos. Al salir en compañía de Lisandro y Violette de l'Eglise de l'Etoile después de la ejecución de la *Pasión de San Mateo* de



Bach, nos metimos en el café donde el saxofón desparramaba el llanto y las lamentaciones de los negros. Había una fuerte concurrencia de chinos y japoneses.

Lisandro observó:

—Estos son los que nos van a comer dentro de poco... — Y sentenció: El Occidente debe barrer el Oriente.

El saxofón le inspiró esta confesión:

—¿Sabe lo que dije a Ezcurra Rosas en Milán? Que si hubiese tenido que ganarme la vida, hubiera aprendido el oficio de saxofonista.

Pero yo esperaba a mi enfermera.

La lluvia cesó. Seguían los nacimientos. Se me ocurrió meditar en aquellos niños enlutados huérfanos de la guerra, que pasaron delante de mis ojos...

No sé cómo pero me encontré sobre el Pont Neuf detrás de una chica precoz, de unos senos enormes. La seguí de puro asco. Sobre el mismo puente llegaban los carros de flores. Descargaban y seguían su marcha. Los vendedores y vendedoras ponían en orden las flores.

El amanecer, las flores, la Tour Eiffel, la tan dibujada Tour por las turistas inglesas vista desde el Pont Neuf, me trajo

a la memoria mi diálogo en el puente Alexandre — regalo del zar a Francia en vísperas de la matanza de los 20.000.000 de hombres, — con la mujer que vendía diarios y atendía a su chico metido en la cuna.

—Todas las noches debo buscar asilo donde hospedarme; y a veces no me alcanza el dinero. Además, tengo que convencer a los dueños de hotel que me acepten el chico. Los hoteleros dicen que los chicos lloran, lloran, lloran. Ah, si yo fuera joven. No me entregaría a ningún hombre.

He vuelto a mi hotel Saint Julien le Pauvre. A los pocos instantes de adormilarme llega el judío políglota, se sienta a los pies de mi cama, y dice:

—He descubierto que Jacques Maritain es completamente San Pablo. Maritain como San Pablo habla siempre de la caridad, de la caridad, de la caridad.

—Dame dos francos. Déjalos sobre la mesa...

El judío que habita en la Rue Tournefort deja dos francos sobre la mesa, y como si dijera palabras cabalísticas, en voz baja pronuncia: Gris, gris, gris, siempre gris, — y se retira.

Detrás del que acaba de retirarse vi a los treinta judíos que conocí en el café Saint Michel en su compañía; entre ellos una judía que vendía su sangre para transfusión, y así mantener su carrera de medicina.

Entre sueños oía las palabras San Pablo y junto a ellas veía un cuadro de Montparnasse del pintor japonés Foujita titulado "Plegaria": una mujer enlutada ante una tumba. La mujer tenía una cruz y un rosario. Nada más repelente que la materia del color y el dibujo. No había en todo el cuadro nada que participara de Cristo. El pintor no era bautizado. Detrás de las palabras que me golpeaban en el sueño y la "Plegaria" del japonés que ni en su lengua rezaba, me seguían, por la Avenida de Mayo de Buenos Aires, dos jovencitas japonesas enlutadas que llevaban atadas al cuello sendas cruces... Iban a misa.

Despierto. Abro los ojos. Examinó los dos francos, y en tanto oigo que Lisandro Alvarado me dice:

—Un día me asusté; creí que había en mi familia judíos...

En el momento de esa confesión, Lisandro atravesó más de dos kilómetros en busca del puesto que ofrecía nafta por dos francos menos que en los demás puestos.

Volví a dormirme, y en el coro de San Mateo de Bach, y en un banco de l'Eglise de l'Etoile, de fondo pintado de azul y estrellas doradas, imitación al modo de Giotto; y ahora me duelen las manos, me sangran las manos.

Hace frío. Tengo la boca amarga y el alma erizada de sequedad.

El sirviente ha entrado en mi cuarto, y me observa:

—Ahorre, ahorre. No tire las migas de pan...

Avisos semejantes he mirado en los tranvías y en los subterráneos.

¡Ah! Pero es verdad, en los hornos de San Julián el Pobre ya no se hace más pan para los pobres...

Jacobo Fijman

Ilustración de Basaldúa

# JOSE ENRIQUE RODO

Yo no sé si caminaba con los talones, así que no sé si era un buen uruguayo.

Nació en Montevideo en 1872. Al año ya sabía andar un poco y en eso se parecía a Renán. Tuvo la desgracia de que su primera instrucción fuera laica (1), pero su madre le enseñaba de vez en cuando el Catecismo. (Por lo general las madres de los fenómenos sirven para decorar de romanticismo el recuerdo de la infancia. Es uno de los destinos más tristes de la maternidad, pero es una cosa inevitable.) De la doctrina cristiana no le quedaron más que algunas nociones vagas de sentimentalidad que para él combinaban perfectamente con el laicismo. Políticamente era un positivista — porque el positivismo es nada más que un determinado color político del alma, — pero frecuentaba el idealismo pagano, porque le parecía que eso era elegante. Creía en la vida de las ideas, pero creía en ella como literato. Nació simplemente para radicarse en las antologías. Fué modelo de escolares y en este sentido pudo tener alguna utilidad; pero nunca sirvió de nada a los estudiosos. Fué profesor y no supo ser maestro, porque era un profesional. Le faltó siempre el mínimum de sencillez que caracteriza a los sabios. Todo lo que hizo fué escribir una prosa a la *maître d'hotel*.

Empezó practicando el periodismo escolar con críticas y poesías — digámosles versitos — que ya nadie recuerda.

En 1895 fundó la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, donde se aprovechó para empezar a tallar en el trasmundo de los intelectuales. Tenía entonces

1895  
—1872

23 años

A esa edad se pueden permitir muchas cosas: hasta salirse de la edad. Por otra parte nadie se lo impedía. En el Uruguay la gente es partidaria de la democracia intelectual: el Estado protege todas las eclosiones del espíritu con tal que sean un poco positivistas o por lo menos patrióticas (como es el caso de Zorrilla de San Martín). Aquí padecemos supersticiones parecidas, pero con la ventaja de que el Estado en general no se mete: gracias a eso nos hemos salvado de tener una edición oficial de *El Borracho* de Castellanos. Los uruguayos creen en los escritores y los admiran como se cree y se admira la precocidad de los chicos: de ahí que en el Uruguay haya tantos *retardados precoces*.

En 1897 publicó su primer folleto: *La Vida Nueva*, en que se muestra palpablemente cómo pueden desperdiciarse 25 años de vida. Fué su primera obra, o mejor dicho su primera entrega, porque la obra de Rodó fué una desde el principio hasta el fin: la exposición organizada de su desorganización espiritual. A pesar de todos los preciosismos de estilo y la paciente reglamentación de su prosa, la obra de Rodó acusa constantemente una imperturbable pedantería que le obliga en el error y le niega toda posibilidad de mejoramiento. Da verdadera lástima conside-

rar que un hombre que sabía escribir con orden no supiera pensar aunque fuera desordenadamente. Rodó aceptaba o rechazaba las ideas de los otros, las comentaba como podía, y luego las largaba al mundo con su caligrafía personal. Fué toda su vida un maestro de escuela: encaramado sobre su nube de suficiencia literaria creyó que para ser pensador bastaba con escribir frases onduladas como médanos. Quería trasplantar al Uruguay esa Grecia mariconca que inventaron los románticos. Para eso no encontró nada mejor que dedicarse a aclimatar templetes con aspecto de hongos.

En 1898 le nombraron profesor de literatura de la Universidad de Montevideo, y dos años más tarde director de la Biblioteca Nacional.

En aquella época publicó *Ariel*. Un crítico muy conocido por todos los principiantes y gran prologuista de antologías populares, Andrés González Blanco, le ha llamado el "breviario de la juventud hispano-americana". *Ariel* es efectivamente un libro de devoción, pero un libro de devoción estúpida, con toda la estupidez de las famosas devociones laicas.



Rodó y Renán

No hay derecho a ser idealista si no se es religioso. Los idealistas se dividen en dos grupos: los religiosos y los románticos. Los únicos legítimos son los primeros. Rodó en su tiempo pasó por ser el apóstol de la santidad civil. Este es un invento diabólico que tiene todavía muchos creyentes de buena fe y sobre todo de buena voluntad. La santidad civil sólo puede darse en un pueblo civilmente imbecil; y de eso al protestantismo no hay más que un paso: el paso que lleva a la imbecilidad religiosa. (Norte América es el mejor ejemplo de este tambaleo.)

Rodó, naturalmente, creía también en la tolerancia y en la democracia siempre que fuera una democracia decente. No sabía que el poder se ha inventado precisamente para contener las indecencias. Le faltaba el valor necesario para admitir la aristocracia, como lo hacía Renán.

En nombre del idealismo atacaba a los Estados Unidos en su aspecto de nación eminentemente materialista. A cambio de esa vida le ofrecía él un ideal — su ideal desconocido — que terminaba con el hombre. Después de la muerte el hombre volvía a la tierra sin más consecuencia que

podrirse: éste era el término de la santidad que preconizaba Rodó. Un idealismo completamente zozco, con un plazo máximo de 50, 60 ó 70 años. La gloria póstuma y la supervivencia no eran otra cosa que pamplinas tranquilizadoras (2).

Entre la *juventud hispano-americana* de Alfredo Palacios, Rodó figura todavía como un hombre genial. Lástima que la juventud se vaya haciendo vieja, porque perdemos una buena diversión.

Con su fama literaria asegurada, José Enrique Rodó se dedicó a la política. En 1902 lo eligieron diputado. Sus admiradores aseguran que hizo un buen papel, pero no conviene creer demasiado a los admiradores de nadie. La generosidad con la plata pública es toda una costumbre criolla.

En la Cámara, Rodó se impuso con el peor de los recursos: la oratoria. Eso es una deshonestidad. Dicen que tuvo algunos éxitos, a pesar de su nariz que parecía una boya luminosa (3).

Más adelante, en 1908, publicó *Los motivos de Proteo*, y en 1914 *El mirador de Próspero*. Después de la muerte, su viuda sacó en Valencia *El camino de Paros*. (No era precisamente su viuda sino un editor; pero le he llamado así porque a mí los editores de obras póstumas me hacen el efecto de que son viudas inconsolables.)

La importancia de Rodó en América es una cosa indiscutible. Por él se han guiado todos los que querían escribir bien y no podían. Ha dejado muchos desencantados, pero todavía quedan muchos pretenciosos que creen en él porque si no se les acabaría el pretexto para escribir.

Se ha dicho que su prosa se parecía a la de Renán, y de ahí han querido sacarle un parentesco ideológico. Indudablemente Renán ha ejercido una gran influencia sobre su cavidad craneana, pero la cosa es ver qué resultó de esa influencia. No se puede asegurar que un hombre se parezca a otro porque los dos usen traje marrón. Lo más que se podrá decir es que los dos tienen mal gusto. Yo pienso que Renán está demasiado por encima del uruguayo para ponerme a discutir el asunto: basta tener en cuenta que Renán — con toda su sinvergüencería — era muy inteligente y además era francés.

José Enrique Rodó murió en Palermo en mayo de 1917. Al cadáver le tuvieron que sacar las medias a tiras.

Ignacio B. Anzoátegui

Ilustración de Basaldúa

(1) Digo instrucción y no educación porque la única educación que vale es la religiosa. Todo lo que se aparta del catolicismo es falso, porque se aparta de la verdadera vida del espíritu.

(2) Yo creo que cuando no se tiene la suerte de ser religioso — consciente o inconscientemente, por herencia o por destino particular — lo más sincero es ser un sinvergüenza.

(3) Conviene poner aquí un detalle de su vida privada. Cuando le iban a presentar a alguien, él se las arreglaba siempre para recibirlo en una pieza medio oscura. Allí empezaba su gran trabajo de envolvimiento, que consistía en declamar suavemente una serie de frases presumidas como veleros. Recién después de eso, cuando el paciente estaba plenamente ganado para sí, él se animaba a salir a la luz y mostrarse en toda su fealdad. (A mí se me ocurre que eso no anda bien con el machismo uruguayo. Es una simple opinión mía.)

# INDIVIDUALIDAD Y PERSONALIDAD

Dice Santo Tomás que la dignidad de la persona la constituye el hecho de existir por sí separadamente, *per se separatim existere*, el ser independiente en su existencia y, por consiguiente, depender sólo de sí en el orden de la acción, *per se agere sequitur ad per se esse*. Sin duda el individuo de una especie cualquiera, animal, vegetal y hasta mineral, es ya un todo subsistente, indiviso en sí y distinto de los demás, pero cuán imperfectas son esa subsistencia y esa independencia! La piedra por sí sólo puede caer, no puede siquiera detenerse en su caída; la planta de por sí sólo puede nutrirse, crecer, reproducirse, todo fatalmente, en tal dependencia de un medio apropiado que faltando dicho medio la planta deja de subsistir. También el animal es conducido fatalmente por su instinto, no puede no reaccionar bajo la atracción del bien sensible que conviene a su naturaleza. Todos estos seres tienen la menor subsistencia e independencia posible. Prisioneros del determinismo que rige el mundo de los cuerpos, son como piezas de ese mundo, son autómatas, no son fuente de acción, hablando con propiedad; antes que accionar son accionados y se contentan con transmitir la acción.

Por el contrario el hombre, en cuanto dotado de una razón que se eleva sobre los fenómenos sensibles para alcanzar el ser y superar el mundo material, puede volver sobre sus propios actos, sobre su juicio, juzgar este mismo juicio, librarse de las sugerencias de la sensibilidad, descubrir motivos superiores e introducir en el mundo una serie de hechos que no resulten necesariamente de los antecedentes dados. Si lo quiere, el hombre puede hacer un papel en el mundo, es una persona (1). Su libertad saca del conocimiento del bien universal una indiferencia dominadora respecto de los bienes particulares, domina todas las influencias del mundo físico y permanece dueña de sus actos, *sui juris*. Tal independencia de la materia en el orden de la voluntad supone independencia de la materia en el orden del conocimiento y ésta, a su vez, supone independencia de la materia en el ser mismo, *operari sequitur esse*; he aquí la verdadera subsistencia, la que no es afectada por la corrupción del cuerpo, la que funda metafísicamente nuestro deseo natural de vivir para siempre.

Pero el hombre sólo será *persona* plenamente, *per se subsistens* y *per se operans*, en la medida que la vida de la razón y de la libertad domine en él la de los sentidos y de las pasiones; sin ello seguirá siendo como el animal, simple individuo esclavo de los sucesos, de las circunstancias, siempre a la rastra de alguna otra cosa, incapaz de dirigirse a sí mismo; será nada más que una parte sin poder pretender ser un todo.

La individualidad que nos distingue de los seres de la misma especie procede del cuerpo, de la materia que ocupa tal porción del espacio distinta de la que ocupa otro hombre. Por nuestra individualidad dependemos esencialmente de un medio, de un clima, de una herencia, griegos, latinos o sajones. Cristo era judío.

La personalidad, por el contrario, procede del alma, aun más es la subsistencia del alma independientemente del cuerpo. Desarrollar su individualidad es vivir la egoísta vida de las pasiones, convertirse en el centro de todo y concluir, por último, siendo esclavo de los mil bienes pasajeros que nos procuran el miserable placer de un instante. La personalidad, por el contrario, crece a medida que el alma, elevándose por sobre el mundo sensible, adhiere más estrechamente por la inteligencia y la voluntad a aquello que constituye la vida del espíritu. Los filósofos entrevieron, pero sólo los santos comprendieron que el desarrollo pleno de nuestra pobre personalidad consiste en perderla, en cierto modo, en la de Dios, único que posee la personalidad en el sentido perfecto de la palabra, porque sólo él es absolutamente independiente en su ser y en su acción. Sólo Aquel que es el Ser mismo tiene una existencia independiente, no sólo de la materia, sino de cuanto no es ella, su inteligencia de las cosas es omnisciente, su libertad es la indiferencia dominadora más absoluta con respecto a todo lo creado. Los elementos que constituyen la personalidad (subsistencia, inteligencia, libertad) designan otras tantas perfecciones cuya razón formal no implica imperfección alguna; es, pues, necesario afirmar que se realizan eminentemente en Aquel que es la perfección suprema, que Dios es, por consiguiente, el ejemplar y la fuente de toda personalidad digna de este nombre (2).

Por esto, en el orden del conocimiento y del amor, los santos se esforzaron por substituir, en cierto modo, a su propia personalidad la de Dios, por "morir a sí mismos" a fin de que Dios reinara en



## Cristo

*No tenía ni donde caerse muerto. Lo siguieron muchos porque esperaban algo, naturalmente, pero al fin lo dejaron colgado. Murió colgado, abandonado hasta de su padre, y no tuvo donde caerse muerto, pero, qué destino, tuvo quien le guardara las espaldas. Basta verlo. Todavía la Cruz le guarda las espaldas.*

## La merced del dardo

*El Ladrón no robó el paraíso, lo que robó el Ladrón fué la Cruz. Dimas estaba en la cruz de Gesmas y, porque era un ladrón verdadero y verídico, trocó esa cruz por la de Cristo. Aprópiate de su vida: la llama que transverbera un corazón intacto es la misma que cauteriza el corazón corrompido. La cruz lo puso a Dimas a la altura del Hijo; tú has nacido con fiebre, trueca tu fiebre Dimas, como Dimas la cruz. Róbale tú al Espíritu ese dardo de fuego.*

Dimas Antuña

ellos; se armaron de santo odio contra su propio yo; trataron de poner a Dios en el principio de todos sus actos, obrando, no según las máximas del mundo o según su propio juicio, sino según las ideas y máximas de Dios recibidas por la fe; trataron de substituir a su propia voluntad la voluntad de Dios, de obrar no para sí mismo sino para Dios, de amar a este Dios no sólo como a otro yo, sino infinitamente más que a sí mismos y por sobre todo. Comprendieron que Dios debía llegar a serles otro yo más íntimo a sí mismos que su propio yo, que Dios era más ellos que ellos mismos, porque lo es eminentemente; trataron entonces de abdicar toda personalidad o independencia respecto de Dios, procuraron hacerse algo de Dios, *quid Dei*. Así adquirieron la más poderosa personalidad que concebirse pueda, adquirieron en cierto sentido lo que Dios posee por naturaleza: la independencia respecto de todo lo creado, no solamente independencia respecto del mundo de los cuerpos, pero hasta la relativa a las inteligencias. Como dijo tan admirablemente Pascal, "los santos tienen su imperio, su esplendor, su victoria, su lustre y no necesitan de grandezas carnales o espirituales, que con ellos no tienen relación alguna, porque ni ponen ni quitan; son vistos por Dios y por los ángeles y no por los cuerpos ni por los espíritus curiosos; Dios les basta" (Pensamientos). Habiendo logrado substituir a su propia personalidad la de Dios el santo puede exclamar con San Pablo: "Christo confixus sum cruci. Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus" (Gal., II, 20). Es él quien vive o Dios quien vive en él? En el orden de la operación, del conocimiento y del amor, el santo ha substituído, por decir así, el yo divino a su propio yo, pero en el orden del ser conserva un yo distinto de Dios. Cristo, el Hombre Dios, aparece como el término hacia el cual se esfuerza en vano la santidad.

En el límite, el yo humano cede lugar a una persona divina no ya sólo en el orden de operación sino en el mismo orden del ser, raíz de la operación, de suerte que es exacto decir que la personalidad de Jesús es la personalidad misma del Verbo y que El subsiste por la subsistencia del Verbo, con el que forma un solo y mismo ser. Tal es la razón última de esa personalidad prodigiosa de que en la historia no hubo nunca ni habrá otro ejemplo. Tal es la razón última de la infinita majestad de ese Ego que sólo a Cristo conviene, "Ego sum via, veritas et vita. Venite ad me omnes et Ego reficiam vos. Qui sitit veniat ad me et bibat. Qui credit in me, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae; fiet in eo fons salientis in vitam aeternam. Et ego resuscitabo eum in novissimo die". Es ya la personalidad terrible del Dios justo juez: "Quis ex vobis arguet me de peccato. Vae vobis scribae et Phariseae, vae vobis duces caeci, vae vobis qui saturati estis, vae vobis qui ridetis nunc". Es nuestro fin último en persona quien nos habla: "Qui non est mecum contra me est".

Para cierta categoría de hombres personalidad tan colosal es escándalo y al par monstruo de egoísmo. "La poderosa casta de las mediocridades tiene miedo y horror de los santos y de los hombres de genio, los encuentra exagerados. Enemiga feroz de todo lo grande" (3) encuentra placer confundiendo los dos extremos, el individuo y la persona, los más

culpables excesos del individualismo y el desarrollo supremo de la personalidad, ella crucifica a Cristo entre dos ladrones. Pero Cristo resucita y sus discípulos recuerdan lo que había dicho antes de morir: "Confidite, ego vici mundum" (Joan., XVI, 33). La personalidad divina comunicaba a cualquiera de sus actos un valor meritorio y satisfactorio infinito.

Tal es el sentido profundo de la unión hipostática, así comprendido por los grandes contemplativos y los grandes teólogos, por un San Agustín, un San Anselmo, un Santo Tomás de Aquino y también por los pequeños a quienes place a Dios ilustrar. Con su metafísica rudimentaria el sentido común puede entenderlo. Entre los hombres de genio, cuyo espíritu tiene vinculación profunda con lo absoluto, y los humildes, hay de la "burguesía intelectual" que busca un medio entre Kant y A. Comte, que saboreado a Renán, que lee a Harnack, su mirada sólo soporta lo que es mediocre como ella; es esencialmente modesta, no hace mucho "se creía inferior a los más chatos imbéciles del siglo XVIII, pero se burlaba de Santa Teresa" (4). "Lo desmedido le causa miedo", las virtudes teológicas la inquietan, le bastan las virtudes morales; "tiene ojos para no ver, oídos para no oír"; se encierra voluntariamente en el mundo de los fenómenos; prisionera del tiempo y del devenir considera como muerte la inmovilidad de la vida eterna. Anda por ahí repitiendo su dogma de la autonomía del espíritu que prohíbe a Dios revelar nada, y llama a eso a *l'ivez* como llama a *humildad* al agnosticismo sensualista que la rebaja al nivel del animal. La teología responde: en materia de autonomía la inteligencia humana es la última de todas las inteligencias; potencia pura, sólo pide recibir y esta es su humildad. Pero como pura potencia de orden infinitamente superior a los sentidos, ella es en nosotros una participación de la luz increada de Dios: "Signatum est super nos lumen vultus tui Domine" (Ps. iv, 7). Esto constituye toda su grandeza. "Confiteor tibi Pater Domine coeli et terrae quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis" (Matth., xi, 25).

P. Reg. Garrigou-Lagrange, O. P.

(De un capítulo de "El sentido común").

(1) Tal es, justamente, la etimología de la palabra *persona*: "Esta palabra — dice Boecio — significaba primero la máscara que usaban los actores en las comedias y en las tragedias. *Persona* viene de *persone*, cuya antepenúltima se ha hecho grave, porque el sonido, rodando en la concavidad de la máscara, vuélvese más fuerte. Pero como estas máscaras representaban los individuos cuyo papel hacían los actores, Medea, Simón, Cremeres, se tomó la costumbre de llamar también *personas* a los demás hombres que se reconocen "y distinguen por su aspecto particular", y obran en el mundo como el personaje de teatro en la escena. (*De persona et duabus naturis*, cap. iii).

(2) Cf. S. Thomas, *Summa Theol.*, I, 9, a. 3.

(3) Hello, *El Hombre*, cap. sobre "el hombre mediocre".

(4) *Ibid.*



## LOS ASESINOS

En un terreno desolado de la Haute Ardèche, una familia de criminales explota una posada donde asesinan a sus clientes.

Un joven émulo de Vidocq se decide a aclarar el misterio que rodea la desaparición de los viajeros. Disfrazado y con postizos, toma la diligencia de Privas. Allí encuentra una muchacha de quien se enamora. Aprovechando una parada, descende a fin de quitarse los postizos y aparecer bajo su verdadero aspecto.

El coche vuelve a partir, sin él.

Se extravía. En la nieve, advierte el rastro de dos pasos que decide seguir. Son los pasos de dos inválidos que no tienen más que una pierna cada uno y que marchan estrechamente enlazados. De pronto, el joven ve alejarse los dos pasos uno del otro y tomar cada uno una dirección opuesta. Se juzga perdido. Luego, cobrando coraje, sigue uno de los dos pasos y llega ante la posada.

Está gozoso de mirar el perro delante de la puerta. El perro es negro y erizado. Lo acaricia. Nota que su collar y su cadena están en la nieve. Le coloca su collar y luego entra en la posada.

"Su perro estaba suelto, dice a la patrona, yo lo até".

Ella sale y vuelve a entrar precipitadamente. Es un lobo lo que ató el joven en vez del perro devorado.

Un niño chillaba a la vista del policía. Los viajeros están conmovidos por sus gritos. Se esconde debajo de una cama. Su madre dice:

"Las pistolas del cliente le dan miedo".

El policía las deja ante la mirada severa de los viajeros. El niño sale poco a poco de su escondite, se apodera de las armas y se vuelve a la bodega. Las tira a su padre con aire satisfecho.

El policía parece vagamente inquieto.

Entre los clientes hay un señor que

lleva un anillo de un enorme valor; lo muestra a la concurrencia. El policía lo coloca en su dedo y no lo puede sacar.

El joven está asombrado. No quiere guardarse este anillo. Se enjabona la mano. "Usted me lo devolverá mañana", dice el viajero. Pero el policía le suplica que espere un poco. Al fin consigue quitárselo de su dedo. El pasajero lo recibe, desea las buenas noches a todo el mundo y se retira. Lo aporrean en la escalera.

Todos los pasajeros que suben son golpeados uno después del otro por el sirviente armado de un garrote. Uno sólo que, por broma, ha puesto en equilibrio sobre su cabeza un vaso de agua, es perdonado. Pero se olvidó su llave; descende la escalera con el vaso en la mano: el garrote se abate sobre su cabeza.

En el momento en que el joven policía se decide a subir, la muchacha de la diligencia entra en la posada: es la hija de los posaderos.

La reconoce, pero ella no puede reconocer su rostro que había visto antes con postizos.

El se retira en seguida a los aposentos que una puerta de media altura separa solamente de la cocina. Allí transforma su cabeza sin recordar con precisión qué cara tenía en la diligencia. Sale y se presenta a la muchacha que no lo reconoce.

Vuelve a su escondrijo y cambia de cabeza.

Ella tampoco reconoce esta cabeza. Vuelve a presentarse a ella bajo varios aspectos. Por fin, le muestra un rostro con largos bigotes negros. Esta era la cabeza que tenía en la diligencia. Ella no quiere que lo maten. Lo presenta a sus padres como el hombre que ha elegido para sí.

Al día siguiente los casan.

Preparan para ellos una casa que está situada justamente frente a la posada. Allí les preparan la cena, ponen la mesa y los dejan solos.

Durante la comida, la muchacha confiesa a su marido el horrible comercio de su familia.

Apenas acababa de narrar sus crímenes, la puerta de la casa es sacudida por golpes violentos. La desgracia quiere que sea un carrero. Se equivoca de puerta.

"La posada está en frente", dice la muchacha.

"Desgraciada, qué haces?" dice el policía. "Aquí hemos instalado una posada donde usted estará mejor".

El carrero se instala, devora y bebe inmoderadamente. Como sigue pidiendo aguardiente y no tienen más, el joven logra echar al carrero — sin que él lo note — todo el aguardiente contenido en su propia caramañola.

Cuando está harto, quiere asistir a la noche de bodas. Le pega al marido. No sabiendo cómo desembarazarse de él, el policía lo golpea por detrás con una jarra. Cae con el cráneo partido.

"Llévemolo a casa de papá", dice la muchacha.

Jean Aurenche

París, 1931.

## número

REVISTA MENSUAL - 25 DE MAYO 11

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nímio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Hector Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Víctor Delhez, Francisco Durá, Miguel Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, Rafael Jijena Sánchez, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

Número suelto: veinte centavos  
Suscripción anual: dos pesos

### SUSCRIPCIONES

Las personas cuyas suscripciones a "número" hayan vencido, deben renovarlas enseguida si desean seguir recibiendo la revista. Suscripción:

2 PESOS ANUALES

### COLECCIONES

La colección de "número" correspondiente al año 1930 se vende encuadrada al precio de quince pesos. Pedidos a la administración:

25 DE MAYO N.º 11